

I concurso literario, Ángel Ganivet

AGUSTÍN GUTIÉRREZ CANET

Me ha correspondido exponer, en nombre del jurado calificador, los motivos por los cuales han sido otorgados los premios del I Concurso Literario Ángel Ganivet, organizado por la Sociedad de Países Amigos, en colaboración con la Universidad de Helsinki y de las Embajadas de México y España.

De un total de 30 trabajos recibidos, y de conformidad con la convocatoria respectiva, cuatro fueron galardonados: un primer lugar tanto en poesía como en prosa y también un accésit (segundo lugar) en ambos géneros.

El primer lugar en poesía corresponde a la obra intitulada *Cómo me morí* enviado por Sara Kaarina Turunen. Se trata de un breve poema pero bien construido con imágenes contrastantes, delicadas y duras, tiernas e incisivas, tan suaves como la piel del reno y tan filosas como cuchillo de acero finlandés, que penetran hasta el fondo del alma humana.

Como contrapunto, el accésit de poesía se titula *Flores sobre el techo de las pérgolas*, remitido por Ignacio Maldován, quien tiene una extraordinaria capacidad de pintar escenas de luz, algunas con fino pincel y otras con envolventes brochazos. En particular, cabe destacar el fragmento "Hamacas", en el que, de manera muy apropiada, el autor despliega buen sentido del ritmo poético.

El primer lugar en prosa es asignado a José Pablo Rodríguez Tello por su obra *Celebración y acto*, fresca crónica

de un mitin político que va gradualmente jalando la atención del lector, hasta que descubre el inesperado encuentro entre el niño y el caudillo. Conviene subrayar que para el presente caso es irrelevante el fondo político, ya que aquí y ahora, sólo se premia la buena literatura.

El accésit en prosa recayó en "La reclusión", cuento kafkiano y absurdo de Gilberto Durán Torres, quien salió airoso al tratar el jabonoso tema de los límites entre la cordura y la locura, sin resbalar en el intento y sin caer en los lugares comunes.

Muchas felicidades a los cuatro ganadores por la obra premiada y muchas gracias a todos los que participaron en el certamen.

Deseamos que el año próximo continúe el éxito del Concurso Literario Ángel Ganivet. Esperamos que se convierta en una tradición en la comunidad hispanoparlante de Finlandia y de la región nórdica.

Finalmente hacemos votos para que la flama del idioma castellano siga iluminando intensamente nuestra mente y nuestro corazón, en la hospitalaria patria del Kalevala.

TEXTOS PREMIADOS:

Cómo me morí

SAARA TURUNEN¹

Fue en otoño.

Iba por la calle.

Alguien vino y me sonrió.

Vi un pájaro atropellado.

Me dio asco.

Olí a humo.

Pensé en el amor.

Estuve enamorada aunque no lo admití.

Un coche blanco paró en la calle.

Dos hombres me detuvieron.

Me desnudaron.

Tuve pánico.

Me pusieron en una lona alquitranada sucia.

Llamé a mis padres a gritos.

Abrieron mi vientre con un cuchillo.
Vi mis vísceras rotas.
La tierra estaba fría pero yo tuve calor.
Mi sangre corría en la lona alquitranada
y se extendía a todas partes.
Estuve en el útero de mi madre.
Estuve en los brazos de mi padre.
Mi amor me besó.

Celebración y acto

JOSÉ PABLO RODRÍGUEZ TELLO²

El segundo miércoles de agosto de 1973 se había celebrado mi quinto cumpleaños. Al día siguiente de la fiesta, el reloj había sonado más temprano que de costumbre. El invierno que se colaba por debajo de las puertas y por las rendijas de las ventanas, me dejó más vivos los recuerdos de mi familia compartiendo inusualmente el desayuno con aroma de café con leche en taza grande y con la torta que había quedado del día anterior. En realidad, no había advertido que era tempranísimo, ni tampoco había imaginado que aquel día podía ser diferente; lo había asumido como un día más de clases. Ni siquiera cuando el guardapolvo había quedado colgado en la percha, pude darme cuenta de que aquel día era muy especial para mis padres.

Mamá había dispensado más cuidado en los preparativos de la mañana que el habitual. Primero peinó a Juan, mi hermano mayor, luego a Juana con trenzas y cintas celestes, y por último a mí con raya al estilo de Raúl Padovani. A papá le planchó la camisa la noche anterior y le lustró los zapatos durante el desayuno. Cuando por fin estábamos listos para partir, me obligaron a ponerme la bufanda de lana que me daba comezón, en cambio, a Juan sólo le bastó negarse y no le insistieron.

El 315 pasó por la esquina, sobre la angosta faja asfáltica de Maestro Ferreira; papá con un ademán le dio la señal de alto. Mamá, con Juana de una mano y conmigo de la otra, corrimos por la calle de tierra hasta el asfaltito donde el colectivo nos aguardaba. Subimos con los cachetes colorados de frío y en el primer descuido de mamá, me quitó la bufanda que para entonces me había producido sarpullido.

Papá saludó a sus compañeros de la fábrica que venían en el colectivo acompañados también por sus familias. Se estrecharon las manos con cordialidad y las madres entibaron la mañana helada con sonrisas tímidas. Los chicos, en cambio, nos quedamos callados observando el protocolo. Nos bajamos en la cuadra anterior a la estación de San Miguel, sobre la misma plaza Faustino Sarmiento. Mamá sacó de la cartera un manajo de escarapelas y con orgullo nos colocó una a cada uno en la parte más alta de la solapa.

Las mujeres con los niños se agruparon en la calle lateral de la plaza, mientras que los hombres prestaron colaboración para el armado del escenario. Las comitivas que habían llegado desde lejos, estaban en pleno trabajo organizativo. Había banderas colgadas de los árboles que cruzaban las calles de lado a lado, altavoces potentísimos ubicados en los postes de luz destinados para los oradores. El gigantesco escenario tubular construido sobre la avenida Mitre modificó la circulación del tráfico; mientras que el palco de las autoridades provinciales daba la espalda al edificio de la Municipalidad. También se colocaron escudos y pancartas, y en sábanas enormes sostenidas por palos de los extremos, se pintaron consignas políticas.

A media mañana, ya acostumbrados al gentío que iba y venía y a los acoples de los parlantes, que todavía no funcionaban bien; nos invitaron con pan casero y mate cocido que estaba dispuesto en una olla inmensa. En una ordenada fila la gente se acercó y en jarritos enlozados nos sirvieron la infusión. Una señora gorda con un delantal rosado y de sonrisa amplia nos dio una "flautita" a cada uno; nadie se retiró sin dar las gracias.

Enseguida y con más ínfulas, seguimos corriendo y jugando con los chicos del colectivo que para entonces ya éramos grandes conocidos. Papá se reunió finalmente con mamá pasado el mediodía, nos besó, y poco a poco fuimos ocupando un sitio cercano al escenario. En un santiamén la plaza quedó atiborrada de cánticos, exclamaciones y por el redoble estruendoso de los bombos que animaba a los manifestantes a la espera. Una columna magnífica avanzó por la diagonal y ocupó el margen derecho frente al escenario. Me había resultado fascinante descubrir la multitud poseída y sentir la pasión del pueblo esperando ver reflejado en sus gobernantes su propia imagen. Pero



Del Prado

nada sabía de fascinaciones hasta el mismo momento en que lo vi. El profuso clamor de la gente se intensificó cuando apareció la imagen de su líder, la imagen del hombre que les prodigaba trabajo a mis padres y a tantas familias iguales a la mía. Fue consternador ver a hombres y mujeres derramando lágrimas de emoción; con mis cinco años no lo comprendí de ese modo, pero sí puedo atestiguar el galope estremecido de mi corazón.

Un señor con un impecable traje descendió de un portentoso vehículo negro y en un abrir y cerrar de ojos se trasladó a la parte posterior del escenario. Se demoró un buen rato hablando con la gente que lo rodeaba; todos con escrupulosos trajes. Luego bajó una improvisada escalinata rodeado por sus guardianes para estrechar las manos con el público que lo aclamaba desde temprano. Los ojos incrédulos de sus seguidores no eran conscientes de que eran las manos del presidente las que estaban tocando: me refiero al presidente de la República, Juan Domingo Perón.

El estrépito fue tal, que el mismo presidente se emocionó. Juntó las manos y elevó los brazos en un efusivo abrazo con la muchedumbre, después dejó escapar una mirada breve al cielo.

El cuerpo de seguridad le cerró el paso obligándolo a subir al escenario, porque temieron que las vallas de contención no fue-

ran lo suficientemente firmes. Fue allí cuando todo se produjo, apenas en unos segundos, los suficientes para que los días subsiguientes no fueran iguales.

El presidente Perón observó al gentío exaltado que rugía su nombre. Lo miré casi sin moverme cuando pasó por enfrente de mí. Una sonrisa se me dibujó en la cara, fue como si ya lo conociera desde antes. Se abrió paso entre los agentes de seguridad, estiró los brazos por encima del vallado, y al mismo tiempo copié su acción. Me tomó y me estrechó contra su pecho de mil amores, mientras que la única voz de los manifestantes repetía con gritos desesperados "¡Perón, Perón! ¡Que grande sos!"

Nos echamos a reír gustosamente y me besó en la mejilla. Mi madre estupefacta observó nuestra comunicación sencilla y desenvuelta. Luego me tomó de los brazos del General y me llenó la cara de besos. Mamá y papá reían sin poder creerlo; mis hermanos no comprendieron demasiado.

"En el multitudinario acto, en la localidad de San Miguel, Juan Domingo Perón besó emocionado a un niño", rezaba el epígrafe del diario La Prensa, debajo de mi fotografía con Perón enmarcando el suceso.

El día siguiente al acto, fui el comentario del barrio entero y de la escuela. La gente venía a tocarme y a preguntarme

qué había sentido. Hasta los parientes que nunca venían, llegaron desde lejos con la foto del diario en la mano y algunos me trajeron regalitos. Pasaron muchos días en que no dejaban de hacerme preguntas y mi madre de contar una y otra vez la historia de comienzo a fin.

A pesar del tiempo transcurrido, algunos recuerdos episódicos se modificaron, en cambio, otros perduran inalterables.

Ahora soy yo, quien no se cansa de contar a quien quiera escuchar, mi breve encuentro con Juan Domingo Perón.

La reclusión

GILBERTO DURÁN TORRES³

Con el rostro compungido por lo que le dijo el psiquiatra, salió del consultorio con la esperanza perdida. Su destino sería la reclusión en el hospital para enfermos mentales.

"Pero éste no es un hospital cualquiera, es de primera –le dijo el Dr. Kreisi–, ni siquiera le llamamos hospital; éste es un centro de recreación mental, aquí se recrea la mente, es decir: vuelve a crearse. Que no te dé temor. Tú ni siquiera estás enfermo, es decir, no tienes ninguna alteración en la síquis, nada tienes que recrear, sólo fortificarás tu salud. Cuando salgas de aquí sentirás la diferencia, ya verás."

–Y si no tengo nada, ¿por qué insistes en que me internen?

–Mira, yo hablé con tu familia y les dije que no tenías nada, que eres una persona muy sana. Pero ellos alegan que te ven cosas muy raras. Ellos son los que insisten en tu reclusión. Eso les dará tranquilidad y una vez que pases las primeras pruebas ya no será necesario que te quedes más aquí. Es cuestión de unos cuantos meses. ¡Qué digo meses! semanas, solamente. Demuéstrales que tú estás bien y que los enfermos son ellos.

–Ellos tampoco están locos ni tengo por qué demostrarlo. Pero si piensas que los enfermos son ellos y que, en cambio, yo soy una persona muy sana e insistes en mi enclaustramiento, tus juicios apuntan a que el demente eres tú. En tal caso, al que deberían encerrar es a ti. Ésas sí son cosas raras. ¡Cómo que unos fuera de juicio acusan a alguien de loco, el loquero sabe que no es cierto, pero les sigue la corriente, y para complacerlos recluye al que no está loco en su hospital! El loco eres tú, remachó sin alterarse pero con una risa burlona que le llegó

punzante al médico, que aparentemente ni lo inmutó, aunque por dentro le removió intensamente las tripas, y lo dejó callado, mirándolo decidido a salirse y a no aceptar la reclusión.

Se levantó de la silla y salió del consultorio que tenía la puerta emparejada, pero sólo para encontrarse con un pasillo largo con muchas puertas a los lados, pero cerradas todas. No había salida. Miró para todas direcciones, intentó abrir las puertas que pensó que podrían conducirlo para afuera pero ninguna se abrió. Como pudo se colgó de la pared para mirar por una de las largas pero angostas ventanas que estaban casi a la altura del techo y se asomó sólo por unos instantes porque sus brazos, poco musculosos, no tenían mucha fuerza para sostenerlo tanto. Esos instantes de mirar a través de la ventana lo estremecieron de horror. Las imágenes de segundos que captó por la ventana lo impactaron tanto que hasta le apagaron la luz de sus ojos risueños que, momentos antes de colgarse de la pared, todavía rebosaban de alegría.

Con la mirada triste, perdida la erección del espinazo y las piernas temblorosas regresó de inmediato con el psiquiatra, y con palabras encimándose unas sobre de otras le exigió que le abriera las puertas de la salida, que no tenía la menor intención de continuar allí ni de seguir hablando del asunto. "De este asunto –le respondió el Dr. Kreisi– se sale sólo hablando, y si tú no tienes la voluntad de hablar, me temo que entonces te quedarás adentro hasta que te disciplines." Luego le ordenó:

–En la sala de visitas te están esperando tus familiares para que te despidas de ellos. Anda, ve a despedirte.

En la sala lo esperaban su padre y su hermana mayor. Esa parte del hospital era muy lujosa. La sala de espera tenía ventanales bien hechos, las paredes estaban decoradas, había plantas de diferentes tamaños, unas creciendo hacia arriba y otras hacia abajo en macetas colgadas del techo, y abundaban las flores. Los sillones y sofás eran de piel, había revistas y una colección de libros para que los visitantes se entretuvieran leyendo. También había varias computadoras donde se podía entrar a la Internet o jugar el típico "solitario" y otros juegos. Parecía en verdad un hospital de lujo para quién lo mirara desde ese lado, pero esa imagen contrastaba con el espectáculo dantesco interno que él retrató y guardó en su memoria

cuando se colgó de la pared para ver por la ventana en su intento por encontrar una salida.

Su padre lo recibió con la sonrisa bien amorosa que siempre tuvo para todos sus hijos. No preguntó nada. Por la descompostura del rostro del hijo presintió que se quedaría adentro. La hermana, en cambio, sí preguntó: "¿Qué te dijo el Dr. Kreisi?" La pregunta no fue respondida, pero las palabras que habló dejaron el asunto bien claro: "Ustedes tienen la culpa. ¿Por qué me reportaron loco y le pidieron al siquiatra mi reclusión? Ahora me encerrarán." La hermana y el padre se miraron sorprendidos sin decir nada. Las lágrimas del padre le inundaban por dentro, pero ni así perdía la dulce sonrisa con la que llenaba de caricias a su hijo. "Ya váyanse -les dijo-. Después me vienen a ver. Ya me están esperando adentro." Apareció una enfermera muy guapa por una puerta rotatoria y lo llamó. Él volvió a decirles a la hermana y a su padre con una entonación muy triste que ya se retiraran; enfiló hacia la enfermera y los dos se metieron por la puerta que gira como si se hubieran metido a la boca de un dragón.

No hubo más palabras de despedida. La hermana y el padre se salieron tristes del hospital, sin hablar, pero como queriendo decirse algo que a los dos les inquietaba y que seguramente les traería un conflicto familiar. Fue hasta después de mucho rato cuando la hermana no aguantó más y le reclamó al papá:

- ¿Por qué reportaste que mi hermano está loco?
- ¿Que yo lo reporté? ¡No fui yo!
- ¿Entonces quién fue?

Los dos se quedaron sorprendidos. "Nos han engañado -dijo el padre-. Vamos al hospital a rescatar a tu hermano. Tenemos que llegar antes de que cierren al público." Llegaron a tiempo. Inmediatamente pidieron ver al recién recluido para llevárselo pero les contestaron que no podían verlo en ese momento, que le estaban mostrando las instalaciones del centro de recreación y que luego seguiría la primera sesión terapéutica. "Pero si quieren esperar un poco -les dijeron-, y si el doctor lo permite, desde luego, quizá lo puedan ver."

-Esperaremos- contestaron, y se sentaron en los sillones de piel de la sala de visitas.

El tiempo transcurría eterno y él no aparecía. Luego, al cabo de dos horas, quien apareció fue el siquiatra. "¿Cómo que quieren llevárselo? -exclamó sarcástico-. Si apenas lo acaban de dejar. En fin, si quieren llevárselo, pues llévenselo. Aunque creo que mejor sería que lo decidiera él, ¿no creen?" Dominante y dueño de la situación, el siquiatra ordenó que lo trajeran. Él apareció por la misma puerta giratoria por donde se había metido con el rostro compungido. Su padre y su hermana se sorprendieron al verle el rostro otra vez cambiado. Ahora estaba lleno de alegría. La sonrisa bonachona que lo acompañaba siempre y el brillo de sus ojos le habían regresado nuevamente. "Tú no te quedas aquí -le dijo el padre-. A todos nos mintieron. Nunca hemos dicho que tú estás loco ni hemos dado el consentimiento para que te encierren." Entonces, el Dr. Kreisi, vigilante de lo que sucedía, intervino:

-¿Por qué no le preguntan mejor a él si es que quiere o no quedarse? -Y en seguida, dirigiéndose al recién interno le preguntó-: ¿Quieres irte?

-¡Nooo! -contestó aterrado-. Este es el lugar que siempre he andado buscando. Luego, volvió a sorprender a sus parientes cuando quiso seguir hablando pero las palabras se le enredaban en la boca a consecuencia del primer tratamiento que le habían dado apenas al llegar al hospital.

-Vete a descansar-, le ordenó el siquiatra. Ya nadie dijo una palabra más. Su padre y la hermana salieron del hospital y a él se lo tragó la puerta giratoria para siempre. ■

¹ Finlandesa, es estudiante de dramaturgia en la Universidad de Helsinki y trabajó un año en un teatro de Barcelona.

² Lugar de nacimiento: Buenos Aires. Nacionalidad: argentina/española. Lugar de residencia: Turku, Finlandia. Fecha de nacimiento: 14.08.1969. Estudios: Universidad del Salvador, Facultad de Historia y Letras. Buenos Aires, Argentina. Carrera: Literatura. Lengua y cultura finesa para extranjeros, Universidad de Turku. Estudios básicos completos. Información Tecnológica, Instituto profesional para adultos de Turku. Graduación: mayo 2007. Ha escrito un libro de cuentos y otro de poesía, ambos inéditos, Los tres Picos de amores y Poemas para el exilio. El cuento central "Los tres picos de amores" está también traducido al finés.

³ Nació en Morelia, Michoacán, México (1953). Es Químico Farmacobiólogo. Universidad Michoacana, México. Reside en Finlandia desde 1993. Se ha dedicado principalmente a la investigación científica. Ha trabajado en el Centro de Investigación y de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional, la Universidad Nacional Autónoma de México) y en otros centros de Estados Unidos y Finlandia.